

# ESCAPISMO Y EVASION 1964

## LA GUITARRA Y EL BALON

## UNA ENCUESTA

**D**EDICAMOS esta página monográfica de «El Caballo de Troya» al escapismo y la evasión. Una teoría del ocio puede hacerse compartible con las más serias y sagradas preocupaciones. El descanso y la amenidad incongruente es un derecho inalienable del hombre.

Pero cuando este ocio se hace «monstruo sagrado», cuando el descanso se utiliza como sordina, cuando las obsesiones derivan hacia un desinterés común, y dejan de ser lícita evasión, para convertirse en falsos mitos, disecillos entronizados en los sentidos del hombre, es que algo marcha mal. Cuando unos cantantes melencólicos, o la piqueta de un deportista, o la sala de proyecciones van a enajenar las parcelas insatisfechas del alma del hombre, podemos decir que cada uno de estos insatisfechos, en busca de una excitación, no se ha completado.

La evasión y el escapismo nada tienen que ver con la limpia actitud de ocio. Llegan en dosis exageradas a cubrir esos espacios interiores de cada ser que busca una justificación a la vida.

Esta es la trágica responsabilidad que se encierra en torno a la evasión. Y habrá que poner más fervor en lo decepcionante, en esos picantes sucedáneos que la vida moderna prodiga generosamente, para acallar las voces del interior. El escapismo es, en definitiva, un acallamiento de las conciencias dormida en los estrépitos de la vorágine del mundo. Y, también, un esquivar lo más legítimo y más urgente de algo tan noble como es la convivencia. Claro está que esta convivencia no es siempre algo plácido. A veces exige compromiso, a veces riesgos...

Si hubiéramos de hacer una clasificación general de los ocio de la juventud, posiblemente haríamos de trazar dos grandes divisiones. Una de ellas englobaría a cientos de miles de muchachos cuyo pequeño día es el deporte. La otra, más sofisticada, trataría de aquellos que buscan el ritmo. La teoría es simplista, pero vale perfectamente para delimitar dos actitudes vitales que los jóvenes mantienen ante el ocio. La primera, generalmente, es más proletaria; la otra, burguesa.

Uno no participa de los sospechosos entusiasmos de quienes enfáticamente declararían, sin ambages, que las actuales generaciones jóvenes son mucho más responsables, más conscientes del deber, más deseadas y con más visión del futuro. Porque, aunque tampoco lo neguemos rotundamente, ya que en parte es verdad, se substitúan diversos factores. Que son: la complejidad de la vida moderna, la responsabilidad por conseguir una situación estable ante la vida, el condicionamiento económico hoy día más astringido, la escasez de oportunidades de empleo que comienza a ser vista desde muy temprana edad... Todo ello es ya suficiente para que el sentido responsable personal cree una nueva mentalidad. Aunque al tiempo, el auténtico humanismo se resienta lamentablemente. Y así hay, por ejemplo, estudiantes de una carrera técnica que desconocen lo más elemental de la literatura, del arte, de la vida que pasa.

Se dice muy alegremente que estamos en el siglo de la técnica. Por lo visto, la máquina, el engranaje económico y los automatismos van a ser los sucedáneos de una juventud, a la que se prefiere bien peinada, acéfala y, lo que es más importante, plenamente clasificada.

Este examen es importante a la hora de juzgar los pasatiempos, las ocupaciones frívolas, los «hobbies» de una juventud, a la que el sentido de la evasión está colocándose en posiciones no tan incomprensibles.

¿Cómo gasta sus ocios la juventud? ¿Cuáles son sus preferencias durante los tiempos que cubren los descansos?



Ampliar el sentido de estas interrogantes sería el motivo de un grueso volumen. Pero, si nos atenemos a un recorrido superficial por la variopinta geografía humana juvenil que nos rodea, no podemos ver las cosas con mucho optimismo.

«Existe una auténtica preocupación de la juventud por los problemas que nos acosan a cada instante? ¿No estará perdiendo esta juventud algunas de las características más hermosas de su estado, la generosidad y el amor a lo justo, por ejemplo?»

Sea como sea, vemos cómo la juventud, esa juventud que se quiere técnica, disciplinada y desligada de los postulados que enar-

bolaron otras promociones anteriores, va a cubrir los vacíos interiores con mixtificaciones turbias. Nada tenemos contra el deporte, antes al contrario, nos parece un cauce adecuado para formar física y espiritualmente a los muchachos. Pero el deporte ha de ser el complemento de una educación, no el fetichismo pasivo de quienes hacen del mismo la ocupación dominante de las vidas.

Se ha conseguido que la juventud se exalte físicamente ante la manifestación deportiva multitudinaria, cuando lo esencial radica en formar cuerpos sanos, dando a lo atlético su estricto sentido auxiliar.

Desde los jóvenes de ambos sexos que entienden el deporte por vociferar ávidamente en los estadios y leer rápidamente en las publicaciones deportivas, podemos pasar a otro sector, un sector que va tomando cada vez más cuerpo en la juventud: el de los ritmos. La guitarra es un símbolo, los Beatles, su mascota. Y ya no deben extrañarnos las informaciones de actos vandálicos que nos traen los periódicos, acontecidas en circunstancias que parecían impropias en nuestro país. Muchos muchachos están tomando el gusto al ritmo, estrujan a sus ídolos favoritos, y promueven algaradas callejeras, todo ello de un sintoma peligroso.

¿Qué lee la juventud? Dijamos que muy poco. Bastaría reseñar aquí la estadística de publicaciones y ventas de libros. Pero hay éxitos de lecturas, de ventas de determinados discos, de predilecciones hacia ciertas películas que nos ilustrarían ampliamente.

¿Cómo se produce esta evasión? Nada podemos alegar en cuanto a minorías tipificadas, propias de todos los tiempos y todas las generaciones. Pero la marea ascendente, el desinterés de la juventud por los problemas de los demás (que son sus problemas inmediatos) las inhibiciones voluntarias, el a mí, ¿qué me importa?, la sustitución de respetos y jerarquías que se advierten, la extraña mezcla de conservadurismo y revolución es significativo.

Nadie pensará que citamos en bloque a toda la juventud. Ello sería injusto y discriminatorio. Pero las escasas minorías conscientes de su responsabilidad ante los demás, de su afán de servicio y sus legítimas inquietudes son la excepción en esta gigantesca manera que avanza.

Argüir con el pensamiento tradicional, opinando que estos tiempos son peores que los precedentes, y que la juventud recibe malos ejemplos y que sale descarriada, no conduce a nada. Una juventud no se hace a sí misma, es el espejo y a veces la conciencia de la sociedad en que se forma.

Lo cierto es que la gran mayoría de la juventud ha optado por la evasión. Esta evasión quizá parezca el espejo de lo eugenésico, o de la trivialidad intrascendente de la estirpe. En todo caso, el más mediano observador podrá ver dibujado en los labios del más cercano de los jóvenes ese mohín de desprecio; a mí, ¿qué me importa?

FERNAN MENDY

Si se ha de considerar a Madrid como el corazón de España, no cabe duda de que la Gran Vía viene a constituir como la aorta de la nación. Un buen lugar para tomar el pulso al sentimiento del ciudadano y percibir a su través la reacción que, ante unas determinadas circunstancias, se producen en los más apartados rincones de la Península. Este debió ser el pensamiento que animó a Televisión Española para emplazar allí sus equipos y ofrecernos el siguiente reportaje:

En la pantalla, y tras unos planos en que se recoge todo ese ritmo agitado de la gran ciudad, vemos al hombre del «micro» dirigirse hacia un transeúnte que se aproxima absorto en la lectura de su periódico. Después de las palabras de rigor, el hombre del «micro» iniciará una apasionante encuesta consistente en dos preguntas, al parecer sin trascendencia, pero que servirán para medir la capacidad emocional y sensitiva de nuestros compatriotas. Su enunciado era: «¿Cuáles son de las cuestiones nacionales e internacionales las que más le interesan?». Preguntas que, como se verá, admiten infinitud de respuestas debido a la extensión de temas y acciones con que nos obsesga este mundo en que vivimos. He aquí el resultado:

El primer encuestado, que es el caballero del periódico, manifestará que sólo le interesan los deportes, ya sea a escala nacional o internacional. El segundo encuestado —caballero de aspecto bien, que con aires de indiferencia pasea a la casa de escaparates— se limitará a mostrar su asombro por la interferencia y a encogerse de

hombros. El tercer encuestado es elegido entre el grupo que se va formando en torno al señor del «micro», pero también resulta que nada le interesa. El cuarto encuestado es un joven legionario que sólo siente la pasión del fútbol. Por último, una señora que camina del brazo de su marido, responde muy dueña de sí y con cierta satisfacción que a ella esas cosas no le preocupan.

Si todos los españoles estuvieran representados por estas cinco personas, resultaría que un sesenta por ciento viven en el más absoluto desinterés, no sólo por lo que pasa de fronteras afuera, sino también por lo que sucede de fronteras adentro; que es tanto como decir que ni se preocupan por su caso, ni por el del vecino. A un veinte por ciento sólo le importan los deportes, no incluyendo en esta denominación únicamente la práctica del balonpijé y haciéndolo extensivo a toda la amplia gama de la expresión muscular. Al otro veinte por ciento, de un modo definitivo, sólo le incumbe el mundo del fútbol; fichajes y traspasos incluidos.

El mismo día en que Televisión Española ofrecía la encuesta, los periódicos se llenaban con los grandes titulares de la victoria de Johnson y la derrota de las actitudes extremistas de Goldwater, la subida al Poder del nuevo Presidente chileno Eduardo Frei, el ataque del Vietcong a una base norteamericana, la huelga de un puñado de españoles en Ginebra protestando por sus alojamientos... En el aula conciliar se debatía el famoso esquema XIII sobre las cuestiones de «Iglesia de puertas afuera». Aun estaban recientes el viaje de De

Gaulle a Iberoamérica y su amenaza de retirarse del Mercado Común, el triunfo de los laboristas en las elecciones británicas, la explosión de la bomba atómica china y la destitución de Kruschef.

Y si en la política internacional había donde elegir, también lo había, y no poco, dentro del ámbito nacional. Basten unas pocas cifras extraídas del Plan C. C. B. de Cortázar: En el capítulo alimenticio se registran más de tres millones de españoles que no consumen las calorías necesarias y otros tres millones más con dietas carenciales. En cuanto al alojamiento se considera un millón de viviendas de déficit. Con respecto al trabajo se calcula en un millón la cifra de hombres y mujeres que han partido en los últimos años al extranjero y un número de parados superiores a los cien mil. En el campo de la enseñanza se estima en veintiseis millones los que no tienen realizados más que los estudios primarios y, por lo tanto, carecen de educación fundamental; el número de analfabetos alcanza a unos tres millones de personas.

El hombre del «micro» se desvaneció en la pantalla, y la cámara volvió a recrearse en algunas tomas amables de la gran avenida: coches rodando a velocidad, edificios vetustos, con cierto aire decadente, transeúntes de rostros inexpressivos, la vendedora de tabaco, los jóvenes de estereotipadas barbas, la señora del abrigo de leopardo, el kiosco de periódicos y los grandes titulares de la victoria de Johnson, la derrota de Goldwater, la subida de Frei... etcétera.

GUILLERMO DIEZ



## EVASION en la LITERATURA

**L**ARRA, uno de los intelectuales españoles que con mayor agudeza pusiera el dedo en la llaga de los males de su país, dijo aquello de que «escribir en España es llorar».

Encerrar en un artículo breve la evasión en la literatura; como se produce la misma, señalando las claudicaciones y los escapismos de buena parte de las letras nacionales, sus inhibiciones, su aparente doble juego y sus falseamientos es algo punto menos que imposible. Porque el mundo de la evasión tiende al escritor mucho más que a otros gentes. La debilidad humana se alia con el dilettantismo estético.

Si examinamos parte de las obras de ficción, de la poesía e incluso el ensayo, que se escriben en España, podremos observar unas constantes artísticas que se repiten constantemente. Estamos en un proceso de madurez, lo que indica que posiblemente se escriba mejor que nunca. Pero si hacemos un recorrido rápido por la mayoría de los libros nacionales que se exhiben en los escaparates de las librerías, podemos anotar, para muchos de ellos, una absoluta falta de conciencia social.

La poesía ha remontado la pendiente llamada social. Se vuelve de nuevo hacia formas clásicas, a cantos a la rosa y a otros versos, perfectamente escritos, aunque impersonales, desligados de la palpación del mundo. La preocupación del hombre, ese gran objetivo patente en muchas de las más lustres plumas líricas nacionales, empieza a ser considerada como de mal gusto. No es que pretendamos hacer la defensa de la poesía social, puesto que, como todas las tendencias tiene sus defectos, no siendo el menor su facilidad, lo que hacía de la misma cómodo refugio para todos aquellos que carecían de auténticas dotes. Lo que ocurre es que quienes atacaban a la misma lo hacían en nombre de la «pureza artística».

La deshumanización del arte, una de los postulados de Ortega, está entendida al pie de la letra. No se debe cantar lo precioso, lo prosaico, la circunstancia accidental. La denuncia, en forma de proclama lírica, acaece que no es válida. Uno de los grandes poetas sociales había de la poesía como una herramienta de trabajo al servicio del pueblo. Naturalmente, los detractores de esta poesía de compromiso, que ha dado a la lírica española sus mejores páginas en la postguerra, no están de acuerdo con esta definición proletaria. Hay que alambicar de nuevo, llorar las culpas de los amores perdidos, volver al paisaje, un paisaje en el que el hombre, la vivienda, sus insatisfacciones, su clamor constante se van a reducir a

expresiones personales. La intimidad es lo que vale. Y asistimos a una poesía sonora, patriótica, religiosa, en la que la única nota dramática llega desde dentro del ser. El poeta canta para sus amigos, para las tertulias y las revistas minoritarias, unas veces con tirones amables, otras con oscuridades elegiacas. Salvo gloriosas excepciones, la poesía española que leemos ha escogido la evasión, cuidándose muy bien de parecer partidista, de denunciar, de ser la expresión de las necesidades de los demás, encerrándose en las torres de marfil de los menudos filisteismos.

En cuanto a la novela —según juzgamos generalidades— han renacido, no se sabe bien cómo es impulsado, las turbias pinceladas eróticas, con lios de alcoba y todo eso. Muchos de quienes escriben andan empeñados en coque el hilo de la última novedad francesa, es decir, con la intención de hacer menos inteligible su prosa. Hay por otra parte, quienes hacen burda estética de las necesidades, las lacras y el asco de una situación social. El antipopular es también mal general en el arte. Algunos rebucan eso que llaman sensaciones vitales, subconsciente, categorías subjetivas y emocionales, para ofrecer al lector su falsa tragedia, muchas veces de una deformidad patológica cerebral. Porque llamar al pan, pan, y al vino, vino, suele ser nota de mal gusto. Volvemos a un costumbrismo cosmopolita y raquítico, con mucha calle de la Ballesta o Serrano, con muchos

señoritos aburridos que hacen alguna barbaridad, con mucho Eros, o tercer sexo sin enmascarar.

En el teatro, esta tónica se acusa mucho más sensiblemente en los últimos tiempos. La evasión se disfraza de poesía, una poesía huida, más perceptible en las frases bonitas y redondeadas que en el aliento dramático. El sentimentalismo, despojado de los corsés ridículos de costumbrismos pasados de moda, escoge nuevas direcciones. Es la elegancia estéril lo que cuenta. Y los escenarios, con el aplauso de la burguesía, que es la que en definitiva sostiene al teatro, se pueblan de bellas fábulas, con moraleja y «happy end» al gusto del todopoderoso público.

Hay, seguimos pensando abstractamente, un desentendimiento general de las artes por la vida palpante que bulle alrededor. Habríamos de preguntarnos quien lee los libros poéticos, las novelas, los minoritarios ensayos, en definitiva, quien lee en España, quien asiste a las exposiciones, quien acude a los teatros, quien, en suma, es el receptor de unas formas culturales que configuran al hombre. Aquí está la clave de todo.

El arte ha escogido la evasión. Si hay compromiso, si existe un contacto con esa realidad sufrida que se llama pueblo, la mayoría de las veces es artístico. El clasismo, que nace desde estamentos burgueses, configura los compartimentos estancos de la sociedad.

MIGUEL ANGEL PASTOR



### EL CABALLO DE TROYA

## LOS FUMADEROS DE OPIO

**S**IEMPRE recuerdo al viejo Bjartun, el protagonista de la novela de H. Laxness, «Gente independientes», que fumaba para no pensar en Dios, ni en la muerte. Y sin embargo él no era un intoxicado con las doradas drogas de la inconsciencia o las ilusiones. Era un grito de libertad, el chombría. Sólo que la vida es como es y la muerte se asoma tantas veces al corral de nuestra existencia, y el problema de Dios es tan angustioso que los hombres buscan un poco de paz siquiera entre dos luchas. Algunos dicen que la búsqueda de esa paz es ya una traición a nuestra calidad de hombres, que nos alienamos con ese pacto, que nos emborachamos con esperanzas ilusorias, que el

hombre no debe escapar un momento a la conciencia de su situación por terrible que ésta sea; sólo así podrá cambiarla.

Pero el hombre necesita escapar. Dejémosnos de metafísicas y contemplemos a nuestro semejante de este año 1964 que trabaja hasta reventar y a la salida del trabajo se encuentra con los restantes problemas de la vida. ¿Cómo negarle su derecho a una ilusión, a un mundo azul en que se pierda siquiera unos instantes? ¿No tendremos esta vida? Muchas veces he pensado en aquellas terribles épocas de la Peste Negra en que todos sabían que un día u otro casi todos encontrarían en sus axilas o en sus muslos las terribles bubas verdozas, amarillentas, negras, azuladas. Entonces se lanzaban a una desenfrenada alegría del cuerpo y del espíritu. Dejémos a los puritanos el escandalizarse por ello; me parecen más piadosos aquellos viejos curas medievales que por Pascua Florida cantaban a sus feligreses hasta cuentos equívocos para provocarles a la risa que la muerte y el hombre habían burlado en sus rostros.

No me importará que algunos hombres se hayan valido de la risa para esclavizar; también se han valido de la religión de Cristo hasta usarla literalmente como opio y, sin embargo, a la raíz de esa religión está la más espantosa condena de la injusticia y de la desprecocación por este mundo. No condenemos la alegría porque se use como droga de inconsciencia. El hombre tiene derecho a ella.

Lo malo es cuando el hombre mismo la profana. Lo atreviéndose a ser hombre, a asumir toda su libertad y su vocación humana y se lanza entre los brazos de la distracción para aturdirse y escapar de ese deber tan tremendo. Entonces hace de la alegría humana un fumadero de opio, una taberna de deshumanización. Al poco tiempo de ha-

bitar en ellos le brota luego esa sonrisa bobeante, beatífica en el peor de los sentidos, esa sensibilidad horrida que todo lo encuentra bien, que se cree instalada en el mejor de los mundos, aunque a sus pies haya un nido de viboras de injusticia y él mismo esté agonizando de su veneno.

Erotizar la vida entera, por ejemplo acaba en el enervamiento de la voluntad, y por una amante no sólo se han vendido imperios, que poco valen al fin y al cabo; sino la propia libertad humana. El erotismo bien dosificado ha sido un arma demagógica de adormecimiento de multitudes en todas las épocas de la historia. Como los juegos en el circo para rociar un pan escaso han hecho que las multitudes aplaudieran a los Césares que las estrujaban hasta la última gota de su sangre. Y unas vaquillas escualidas corridas entre los vapores del vino han servido durante decenios a los caciques rurales para tener contentos a sus siervos y poder seguir robándoles tranquilamente con su agradecimiento. Hoy los hombres de 1964 encienden la televisión para entusiasmarse con los grandes desfiles de modas, de casas, de muebles, de ideas estúpidas e hinchadas de aire, pero no abren un libro de cuestiones sociales, políticas y metafísicas. No lo abren por coherencia. Prefieren convertirse en cosas, adoptar los puntos de vista de un tercero por superficiales e inconsistentes que sean a tener que gestar unos propios puntos de vista con el dolor gozoso, pero dolor y trabajo de la lectura y el estudio lento, racional, despacioso. Se convierten los hombres en esclavos, al renunciar a su yo, a su libertad, a la conciencia de su situación.

Se adormecen con los cuentos de hadas como los niños pequeños en las faldas de sus madres: las hadas de tal club de fútbol o de tal torero cuya figura llega

a convertirse en mito, mitad erótico, mitad prometico; las hadas del sexo dorado que nunca declina o del cine estúpido, mentiroso o las del alcohol que crea esperanzas durante el sueño. Son hadas portadoras de cloroformo, no de alegría.

Se trata de no pensar, se trata de huir de la realidad, de aplaudir las caravanas de fantasmagoras con tal que éstos vistan ropas de colores y sombreros de oro o plata. Porque la realidad no es humana y ro ha hombría para humanizarla, para enfrentarse con ella y transformarla. No que no haya que reír porque la injusticia o la mentira existen. Todas esas alegrías humanas de bien ser gustadas, pero siendo maestros de ellas dominándolas, no embriagándonos con ellas hasta el punto de perder la dignidad, como esas pobres sombras de hombre que lloran el día que pierde su club preferido y pasan impávidos ante el hambre de un niño o el entierro solemne de la libertad de todo un país. Ese día reniega de su condición humana. Y nadie tiene derecho a evadirse de ella y de los sacrificios que le exige. Aunque algunos tengan hasta la osadía que querer escapar a esos compromisos, poniendo por pretexto a Dios, convirtiéndolo a Dios en otro escape. Esos son, decía Péguy, «los que, como no tienen la fuerza de ser de la naturaleza, creen que son de la Gracia. Los que creen que están en el eterno porque no tienen el coraje de lo temporal. Los que como no están con el hombre creen que están con Dios. Los que se creen que aman a Dios simplemente porque no aman a nadie». Pero nadie tiene escape. Su tarea está ahí. Eternamente por hacer, si el no la hace. Y es responsable de esa injusticia que no quiso remover. Ante la que cerró los ojos.

JOSE JIMENEZ LOZANO